

# EL GÉNERO DEL PARO

## DESEMPLEO Y MASCULINIDADES

EMPAR AGUADO I BLOISE

*DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA*

Recepció: maig 2015; acceptació: juny 2015

### R E S U M E N

LA CRISIS QUE VIVIMOS DESDE 2008 SE HA TRADUCIDO EN UN GRAN DETERIORO DE LAS CONDICIONES DE VIDA DE UNA GRAN PARTE DE LA CIUDADANÍA. EL DESEMPLEO HA SUPERADO EN 2014 LOS NIVELES ALCANZADOS EN LOS PEORES MOMENTOS DE ANTERIORES EPISODIOS DE CRISIS EN EL ESTADO ESPAÑOL, CONVIRTIÉNDOSE EN UNA DE LAS MÁXIMAS PREOCUPACIONES DE NUESTRA SOCIEDAD.

EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN HUMANA ENTRAÑA UN COMPLEJO SISTEMA DE ADAPTACIÓN AL MEDIO CULTURAL Y SOCIAL. ESTE PROCESO TIENE DOS FINALIDADES: LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD Y LA CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD. EN EL CASO DE LOS HOMBRES, LA EXPECTATIVA GENERADA Y EDUCADA HA SUPUESTO TRADICIONALMENTE LA IMPLICACIÓN EN LO INSTRUMENTAL MÁS QUE EN LO EXPRESIVO, ASIGNADO Y ATRIBUIDO ESTO ÚLTIMO A LAS MUJERES. LA SOCIALIZACIÓN DISIMÉTRICA SE CONCRETA EN UNA CONSIDERACIÓN DESIGUAL POR EL HECHO DE SER HOMBRE O MUJER.

EL OBJETO DEL ARTÍCULO ES PRESENTAR ALGUNOS DE LOS RESULTADOS ALCANZADOS EN UN PROYECTO DE INVESTIGACIÓN ACERCA DE LAS CONSECUENCIAS DEL DESEMPLEO. CENTRAMOS NUESTRO ANÁLISIS EN UNA DE LAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN DE DICHO PROYECTO, FIJANDO NUESTRA ATENCIÓN EN LA VIVENCIA DIFERENCIADA DE HOMBRES Y MUJERES RESPECTO A LA PROPIA EXPERIENCIA DEL PARO, ASÍ COMO EN LOS FACTORES SUBYACENTES A ESTAS DESIGUALES VIVENCIAS Y PERCEPCIONES.

### PALABRAS CLAVE:

DESEMPLEO, IDENTIDAD, SOCIALIZACIÓN DIFERENCIADA.

#### 1. INTRODUCCIÓN

En España, la crisis que se vive desde 2008 está teniendo unos efectos devastadores sobre el empleo, superando los peores niveles alcanzados en crisis anteriores. El desempleo es una de las máximas pre-

ocupaciones de la sociedad y un gran problema estructural. El paro de duración prolongada comporta el empeoramiento de las condiciones de vida y es un indicador fundamental de potencial desigualdad.

El trabajo, a pesar de no ser una categoría antropológica sino histórica, desempeña todavía en la

sociedad actual una función esencial. El estatuto del trabajo es de principal importancia en nuestra organización social. Desde hace más de dos siglos, para la mayor parte de la población, éste se erige como medio para costear la subsistencia, como medio de dotación de autonomía o como vínculo de dependencia en ausencia del empleo. Entendemos por tanto el trabajo remunerado como un «hecho social total», y la imposibilidad de acometerlo como un desajuste social de primera magnitud (Meda: 1998).

Aunque el empleo ha gozado tradicionalmente de una posición hegemónica en la vida de los hombres cada vez es menos frecuente el que tanto hombres como mujeres centren la relación que mantienen con el empleo en función de los roles de género más tradicionales. Atendiendo a esto, cabría preguntarse cómo afecta a los hombres el paro en el marco socio-político de la sociedad postindustrial: ¿Cómo incide esta liberación de tiempo en la división sexual del trabajo en el ámbito doméstico y de cuidados?, ¿Cómo afecta la minoración de aportación económica a los recursos familiares?, ¿Está forzando la crisis del empleo cambios de actitudes y comportamientos frente al trabajo productivo/reproductivo y los géneros?, ¿Cómo se están viendo afectadas las relaciones de género? Estas son algunas de las preguntas de investigación que intentaremos situar en el trasfondo del presente artículo.

En el apartado siguiente, haremos un recorrido por las primeras investigaciones sociológicas que plantearon la vivencia diferenciada del desempleo en función del género y el rol social establecido. En el tercer apartado, se expondrá la metodología utilizada y la descripción de la muestra. En la sección cuarta, se confrontarán ciertos conceptos teóricos estimados relevantes en los procesos de construcción de identidad y subjetividad. En el quinto apartado, se analizará los relatos producidos en relación con el género del desempleo y los diferentes comportamientos detectados en relación con las masculinidades.

## 2. TRANSFORMACIONES IDENTITARIAS Y CRISIS EN LAS MASCULINIDADES DE PERSONAS EN DESEMPLEO

Muchas de las investigaciones sobre la experiencia del desempleo adoptan como marco teórico el modelo de la privación propuesto por Jahoda (1987). Este modelo sugiere que pueden interpretarse las consecuencias psicosociológicas del desempleo en contraste con las consecuencias funcionales como: a) la obtención de ingresos; b) la imposición de una estructura temporal; c) el establecimiento de vínculos personales y experiencias compartidas fuera de la familia; d) la proposición de objetivos y propósitos que trasciendan al individuo situándolo en una dimensión colectiva más amplia; e) la adscripción a un estatus y una identidad social; y f) la obligación de mantener un cierto nivel de actividad. (Torregrosa Peris en el prólogo a la edición española de Jahoda, 1987). El equipo de investigación social formado por Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel fue quien llevó a cabo este trabajo pionero<sup>1</sup> que fue descrito en la conocida obra «Los parados de Marienthal».<sup>2</sup>

La pérdida de la estructura temporal habitual es causa de importantes consecuencias psicológicas negativas achacadas tradicionalmente a la vivencia del paro. Uno de los impactos (no económicos) del desempleo que más llamó la atención en las investigaciones llevadas a cabo en Marienthal fue precisamente éste. En esta investigación sociológica, también se puso de relieve la existencia de diferencias significativas respecto al malestar percibido en función del género. Lo que en los hombres venía a ser una experiencia de tiempo perdido y sin sentido, en las mujeres se volvía un tiempo útil y ganado. El género femenino, y su tradicional relación con los trabajos productivos y reproductivos, seguían dotando a estos últimos de un sentido en base a la provisión del bienestar familiar. La experiencia de Marienthal supuso para ellos un retorno a un ámbito nunca antes abandonado por las mujeres. Es

<sup>1</sup> La importancia de la exploración psicológica de la vida de las personas en paro no es habitual en estudios precedentes.

<sup>2</sup> Investigación llevada a cabo sobre la situación de las personas paradas de una ciudad austriaca golpeada por el desempleo tras el cierre en 1929 de la fábrica que suministraba empleo a prácticamente toda la población.

así como, la división sexual del trabajo en el ámbito doméstico facilitó que la desestructuración del tiempo no afectara, en el mismo grado, a las paradas de esta pequeña localidad austriaca.

En 1940 Mira Komarovsky narraría en su obra *The unemployed man and his family* una investigación cualitativa dirigida por Paul Lazarsfeld. Ese trabajo situaba su objeto de estudio en el desempleo y la familia centrándose en los efectos del desempleo en 59 familias de Nueva York. La investigación examina cómo repercute el paro en los varones bread-winner y en la estructura de autoridad (Santos, 2004). En palabras de la autora, el desempleo masculino constituye una «experiencia de profunda frustración ya que desde su propio juicio se siente como un fracaso en el cumplimiento de lo que es el deber principal de su vida, la piedra de toque de su virilidad—el rol del sustentador del hogar» (Komarovsky, 1940: 74 en Lane, 2011: 119).<sup>3</sup>

Más allá de Marienthal, y trascendiendo a esta experiencia, nos preguntamos acerca de los impactos del paro en el marco socio-político de la sociedad postindustrial. Sanchis (2008), sostiene que se ha desarrollado un cambio en la capacidad de las personas en paro respecto a la utilización del tiempo disponible. Este autor sugiere, que aunque los niveles de actividad suelen reducirse, no lo hacen hasta el punto de generar un total aislamiento de la vida social. Si el no empleo desliga a las personas de las obligaciones del trabajo productivo nos preguntamos, ¿por qué el paro desencadena esta degradación en la capacidad de gestionar el tiempo con satisfacción y calidad? ¿Qué vigencia encontramos respecto a las limitaciones o la vivencia diferenciada en las capacidades en función del género, la generación, la clase (estudios), la posición ocupada en la familia o el momento del ciclo vital y cada una de estas variables en función de la relación mantenida con el trabajo reproductivo?, ¿Cómo es vivida esta experiencia por parte de nuestra ciudadanía en una sociedad afectada por la crisis del empleo que no

cesa de agudizarse a consecuencia de la presente crisis económica?, ¿La crisis del mercado de trabajo y la modificación del marco y de la norma de empleo está forzando cambios de comportamientos y actitudes frente al trabajo productivo/reproductivo y los géneros? ¿Estamos redefiniendo los masculinos y femeninos?, ¿Cómo se ven afectadas las relaciones de género? Estas son cuestiones que intentaremos abordar en este artículo.

En la actualidad, las mujeres mayoritariamente ya no se definen sólo como esposas o madres. Aunque consagren a la «familia» más tiempo y dedicación que los hombres, tienen también una identidad profesional que influye en la construcción de su identidad personal. En nuestro país los años sesenta representan una etapa de transición de modelo. Un modelo, en que las mujeres casadas se integran al mercado de trabajo cuando sus ingresos son necesarios para las necesidades de la familia y se retiran de éste cuando la economía familiar así lo permite. El cambio de modelo de participación laboral femenino se ha impuesto como un hecho normalizado. El acceso a la educación (en todos los niveles) ha constituido un elemento fundamental para dotar de consistencia este proceso y se ha producido una evolución desde un modelo de empleo por necesidad y determinado por causas fundamentalmente económicas hasta otro en que el empleo se configura como un elemento de identidad propia. Las mujeres en el contexto de la Segunda Modernidad,<sup>4</sup> cada vez más, dejan de lado la asociación entre matrimonio/convivencia de hecho y retirada del trabajo remunerado, y también la subordinación del comportamiento laboral al familiar (Aguado, 2012, 2014).

Si bien el acceso masivo al trabajo asalariado por parte de las mujeres así como al control de la procreación y a la igualdad jurídica no ha suprimido las desigualdades ni ha hecho desaparecer muchas de las diferentes formas de subordinación de las mujeres sí que se ha generado una crisis de los

<sup>3</sup> El texto original de Komarovsky es «experiences a sense of deep frustration because in his own eyes he fails to fulfill what is the central duty of his life, the very touchstone of his manhood- the role of family provider». La traducción es responsabilidad de la autora de este artículo.

<sup>4</sup> El concepto de Segunda Modernidad acuñado por Beck (1998, 2003, 2008), infiere en la descripción de una sociedad contemporánea en donde el riesgo se sitúa como eje interpretativo de la sociedad, inmersa en la tercera revolución industrial y en un contexto de globalización.

papeles masculinos y femeninos y de las transformaciones identitarias (Dubar, 2002:72), alentando una situación de crisis de las identidades sexuadas influida por la «espinosa» dificultad de «reconversión», sobre todo para los hombres, a otros papeles, en particular familiares.

### 3. METODOLOGÍA Y DESCRIPCIÓN DE LA MUESTRA

La estrategia metodológica utilizada se ha basado en la aplicación de tres tipos de técnicas de investigación: i) el análisis documental de fuentes secundarias y la revisión de la literatura especializada acerca de la investigación sociológica del desempleo; ii) la explotación y revisión de fuentes estadísticas, concretamente la Encuesta de Población Activa (EPA), la Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF) y la Encuesta de Empleo del Tiempo (EET). Y, iii) la realización de entrevistas semiestructuradas en profundidad. La información analizada se extrae de 58 entrevistas<sup>5</sup> realizadas a personas desempleadas entre marzo de 2012 y febrero de 2013. Las cincuenta y ocho personas a entrevistar se han seleccionado de manera que constituyan una muestra (sin pretensión de representatividad estadística) que refleje la diversidad de tipos sociológicos de personas paradas existentes en España. El peso de cada uno de estos tipos (y subtipos) se ha fijado teniendo en cuenta los datos de la Encuesta de Población Activa (EPA). La aproximación cuantitativa ha permitido identificar algunas dimensiones que servirán como ejes de distribución muestral de las entrevistas biográficas a realizar. Los criterios de selección muestral han tomado en consideración tres dimensiones básicas de la estructura social: el género, la generación y la clase socioeconómica.

En función del sexo la muestra incorporará 31 mujeres y 27 hombres. Se han definido tres generaciones: la primera, de 18 a 29. La segunda, de 30 a 50 y la tercera, que viene constituida por aquellas personas que ya superan los 50 años. La edad es una variable importante por

razones obvias. El paro no es vivido de la misma manera por quien está en proceso de socializarse en el empleo, por quien está sobrecargado de obligaciones familiares y por quien se acerca a la edad de jubilación. Entre la franja de edad inferior se ha incluido 19 personas, 11 hombres y 8 mujeres. En la franja de edad central hay 25 personas, 10 hombres y 15 mujeres. La franja de edad superior viene constituida por 14 personas, mitad hombres mitad mujeres.

### 4. SOCIALIZACIÓN DISIMÉTRICA: ¿SE NACE O SE CONSTRUYE LA IDENTIDAD SEXUAL?

El proceso de socialización humana entraña un complejo sistema de adaptación al medio cultural y social. Este proceso tiene dos finalidades: la construcción de identidad y la construcción de subjetividad. La formación de la identidad tiene que ver con el aspecto más social del individuo. Nos vamos haciendo hombres y mujeres, identificándonos con el género, con lo que en cada cultura se conceptualiza como masculino y femenino (Simón, 1999). El organismo es el resultado de su relación con el medio, es naturaleza y sociedad, no lo uno sin lo otro (Izquierdo, 2013: 88).

En el caso de los hombres, la expectativa generada y educada ha supuesto tradicionalmente la implicación en lo instrumental más que en lo expresivo, que es asignado y atribuido a las mujeres. La socialización disimétrica se concreta en una consideración desigual por el hecho de ser hombre o mujer, y se acompañó *de un comportamiento esperado o una represión manifiesta*. Los proyectos biográficos de género incorporarán episodios de logro o de frustración según la adscripción a «lo masculino» o a «lo femenino» dependiendo de la cultura o el momento histórico. En las sociedades occidentales y urbanas a los hombres se les ha vinculado indisolublemente con el mundo ocupacional (Simón, 1999).

La división sexuada entre hombres y mujeres se situaba en el núcleo del teórico funcionalista Tal-

<sup>5</sup> Las entrevistas han sido realizadas en el marco del proyecto patrocinado por la Fundación 1º de Mayo «Desempleo, sindicatos, partidos políticos y conflicto social», dirigido por Enric Sanchis, y en el que ha participado Empar Aguado en calidad de investigadora.

CUADRO 1  
 Parrilla muestral

E:(58)	MUJERES(30)			HOMBRES(27)		
	G1(8)	G2(15)	G3(8)	G1(11)	G2(10)	G3(6)
S1(12)	P1:MS1G1(3)	P2:MS1G2(1)	P3:MS1G3(2)	P10:HS1G1(2)	P11:HS1G2(3)	P12:HS1G3(1)
	AOM3 AOM8 AOM11	EAV6	AMM5 PBV1	EAV7 JCT1	AMM3 AOM1 JMLV2	PRM1
S2(26)	P4:MS2G1(1)	P5:MS2G2(6)	P6:MS2G3(4)	P13:HS2G1(6)	P14:HS2G2(4)	P15:HS2G3(4)
	AOM9 AOM12	AOM5 AOM6 EAV1 EAV3 EAV4 ESV1	AGB2 VEZ2 PRM2 DGB4	AOM10 JCM1 EAV8 PBV2 JMLV9 JMLV10	AMM1 JAM1 ESV4 JMLV7	JAM2 PRM5 JMLV3 ESV5
S3(20)	P7:MS3G1(3)	P8:MS3G2(8)	P9:MS3G3(2)	P16:HS3G1(3)	P17:HS3G2(3)	P18:HS3G3(1)
	AOM13 ESV7 ESV9	AOM4 AOM7 VEZ1 PRM3 PRM6 PRM7 EAV2 EAV5	PRM4 ESV3	AMM2 ESV8 PBV3	AOM2 ESV6 JMLV1	ESV2

M = Mujer; H = Hombre; S1 = Estatus 1; S2 = Estatus 2; S3 = Estatus 3; G1 = Franja de edad inferior (16 a 29 años); G2 = Franja de edad central (30 a 49 años); G3 = Franja de edad superior (a partir de 50 años).

cott Parsons,<sup>6</sup> quien al teorizar acerca de la familia atribuía el que los hombres debían asumir el rol instrumental (proveer las necesidades de la familia y ganar dinero). Mientras tanto, las mujeres debían cumplir los papeles expresivos y especialmente educativos (Dubar, 2002). El feminismo académico cuestionó la teoría de los roles sexuales y la dicotomía instrumental-expresiva, que restringía a la mujer al ámbito del hogar. Las feministas observaron que, «en contra de los supuestos de Parsons, las esposas, con más frecuencia que los maridos, establecían fuertes vínculos entre las familias y las instituciones externas como la escuela y el sistema sanitario» y además su trabajo en el mercado labo-

ral contribuía al bienestar económico de la familia (Withers y Thorne, 2013: 129).

De esta manera los hombres hasta el momento han dominado y se han adiestrado en el espacio público: un espacio valorizado y asociado a la permanencia y menor provisionalidad. El espacio público es el ámbito de la profesión y el oficio por excelencia. El empleo ha ocupado una posición de centralidad hegemónica en la vida de los hombres. Este elemento básico, en las sociedades fordistas y aún en las postfordistas, ha determinado nuestros usos del tiempo diferenciales en función del género.

La mujer, como el hombre, no es un punto de partida, sino un resultado. Las construcciones *mu-*

<sup>6</sup> Parsons consideraba los roles sexuales estrechamente asociados a la familia, una familia que socializaba a partir de la diferencia según el sexo. Esta teoría fue rechazada por la sociología de la familia y especialmente rechazada por las feministas americanas.

*jer y hombre*, son las respuestas dadas al hecho de que en nuestra especie la procreación sea sexual. Paralelamente nuestro orden social se fundamenta en la subordinación en donde el sistema sexo/género no es un orden caracterizado por relaciones de complementariedad<sup>7</sup> sino de desigualdad y de división sexual del trabajo (Izquierdo, 2013).

El arquetipo masculino desarrollado durante el siglo XIX fue el del hombre público, ciudadano, trabajador, cabeza de familia e individuo superior. El perfil de trabajador sustentador de la familia vertebraba la identidad masculina que se asociaba con la creencia de que el trabajo asalariado era patrimonio de los hombres. Mientras que el arquetipo femenino evocaba una mujer predestinada por la naturaleza a la maternidad y a la dedicación familiar. Aunque este modelo «ideal», generó grandes contradicciones con las prácticas y la realidad de muchas obreras que trabajaban en la industria y los talleres, marcaría una negación manifiesta al perfil laboral femenino. Con la intención de preservar el monopolio masculino del mercado laboral se argumentó acerca de la domesticidad de las mujeres y se les negó el derecho al trabajo asalariado. Todo esto, unido a la naturalización de que las tareas domésticas y los cuidados eran inherentes a la condición femenina, legitimó la no valoración de estas tareas como trabajo y que se mantuvieran sin retribución ni prestigio social (Nash, 2010).

La división sexual del trabajo ha legitimado la separación de espacios y el discurso dicotómico, dando lugar a antagonismos entre las identidades sexuales y los ámbitos público y privado-doméstico. El primero, dedicado a la producción de bienes, tradicionalmente atribuido a los hombres. Y, el segundo, ocupado en las tareas de reproducción y cuidado de la vida, tradicionalmente asignado a las mujeres e invisibilizado en su problemática y especificidad. Tal invisibilidad, no solo ocultará el reconocimiento de una buena parte del trabajo en nuestra sociedad

sino también la relación de producción y reproducción que caracteriza el sistema capitalista.

En los orígenes de las dicotomías básicas del pensamiento occidental ilustrado nos encontramos con la oposición binaria «cultura versus naturaleza». En este marco, a las mujeres, al carecer de la condición de sujeto ontológico se les niega la individualidad y «el ser-per-se» como proyecto de trascendencia y de libertad. Esta tradición ha situado el trabajo de las mujeres en una posición de infravaloración sistemática, al tiempo que las ha adscrito a actividades relacionadas con las tareas realizadas en el ámbito privado-doméstico.

Las razones que explican la persistencia de tales divisiones deben buscarse, por un lado, en la alianza de poderes entre el capitalismo y el patriarcado que configura la organización socioeconómica, política y cultural de tales sociedades. Y por otro, en el pacto o contrato entre hombres y mujeres que subyace en esa división sexual del trabajo (Pate-man, 1995). Hombres y mujeres han participado de la construcción de este imaginario colectivo que se vio reforzado durante la revolución industrial y en donde los hombres establecerían un verdadero «pacto patriarcal interclasista» mediante la instauración del salario familiar (Hartman, 1980).<sup>8</sup>

#### 4.1. ¿MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS EN REGRESIÓN?<sup>9</sup>

La crisis del empleo está haciendo menos frecuente el que tanto hombres como mujeres centren la relación que mantienen con el empleo en función de los roles de género tradicional y hegemónicamente establecidos. Y, aunque estos perduran en los imaginarios, cada vez se alejan más de la realidad dando paso a rupturas importantes de estructura y cambio social. El nuevo rol social de la mujer junto con la expansión de las oportunidades educativas y el debilitamiento de la situación de los hombres en el mercado de trabajo, agravada

<sup>7</sup> La complementariedad, para el feminismo de la igualdad, es una apariencia que contribuye a legitimar la desigualdad al confundirla con la diferencia dotando de estabilidad un orden sexista y patriarcal.

<sup>8</sup> Salario que permitiría sostener a la familia manteniendo a la mujer en casa con el objeto de atender al trabajo de la reproducción humana.

<sup>9</sup> Término utilizado por Raewyn Connell (2003) que implica una posición de legitimidad del sistema patriarcal en donde los hombres ocupan una posición dominante frente a la subordinación de las mujeres.

por la crisis financiera y económica, está impactando fuertemente en las identidades y en los roles masculinos, promoviendo un debilitamiento del papel tradicional de éstos que está cambiando en los últimos tiempos. Muchos hombres no pueden o no están dispuestos a ejercer como sustentadores principales adoptando nuevos ideales sobre la paternidad y las relaciones de género (Abril, 2013). O lo que es lo mismo y dicho en palabras de Beck-Gernsheim (2003: 155), «¿cuántos hombres de la generación más joven están todavía dispuestos a ser, de por vida, los únicos responsables de alimentar a la familia?».

El modelo tradicional de familia del sur de Europa, que destaca la permanencia del modelo del varón sustentador/mujer ama de casa, se está viendo debilitado y está dando paso a tímidas inversiones respecto a los papeles atribuidos socialmente en función del género. Estos datos vienen corroborados, en gran parte forzadas por la crisis, por la disminución constante de mujeres dedicadas exclusivamente al trabajo doméstico-familiar y hombres con empleo.

#### 4.2. HOMBRES EN CASA<sup>10</sup>

La actual crisis ha hecho crecer con fuerza los niveles de desempleo en ambos sexos. No obstante, y como señala Poveda (2006), más tiempo libre y menos ingresos suele suponer en muchos casos un mayor repliegue de las mujeres hacia la familia, actitud que no se refleja en igual grado en los varones parados. En las entrevistas realizadas, no se ha observado, por parte de los varones, una participación relevante en las tareas domésticas durante el tiempo de paro, salvo algunas excepciones. En cambio, el trabajo reproductivo ha estado presente en el discurso de la mayoría de las mujeres, incluso en aquellas que actualmente ejercen de persona sustentadora principal en la unidad familiar.

En la muestra se han observado hombres con dobles ausencias<sup>11</sup> que categorizamos como «NI-

NIS de masculinidad hegemónica». Se trata de un grupo formado por adultos que han estado socializados en modelos de masculinidad hegemónica y que ofrecen resistencia a un cambio identitario. Se observa que estos hombres adultos, a menudo, incorporarán a su experiencia vital una doble derrota: por un lado, la pérdida del empleo y con él un importante elemento identitario y, por otro, y a consecuencia de ésta, la menor legitimación de su hegemonía en el ámbito privado.

La división sexual del trabajo en el ámbito público se está viendo alterada con la entrada masiva de las mujeres al mercado de trabajo. Estos cambios, aunque son más lentos en el ámbito privado-doméstico, en algunos casos acaban afectando a la estabilidad familiar. En palabras de Sanchis (2008: 234), «el paro masculino provoca una reorganización del trabajo doméstico en el sentido de mayor participación del hombre (en el trabajo reproductivo), si bien por lo general el aumento es modesto y la situación sigue estando muy lejos del reparto equilibrado de tareas. En todo caso la posición laboral de la mujer ejerce una gran influencia al respecto, ya que cuando está empleada la participación del hombre es mayor».

Los cambios en la división sexual del trabajo y las dinámicas identitarias de los hombres pueden verse afectadas por las transformaciones acontecidas en el mundo del empleo. Para Merla (2006), la inestabilidad, la precariedad de las trayectorias laborales así como las deficientes condiciones de empleo constituyen factores explicativos del distanciamiento entre identidad y empleo también en los hombres. Las visiones laborales negativas pueden generar distanciamiento respecto a la implicación en el trabajo profesional, y pueden forjar un mayor compromiso con la esfera familiar como espacio alternativo. Así pues, la falta de oportunidades en el empleo vinculada a la existencia de una pareja con una real o potencial situación profesional más favorable (estabilidad en el empleo, alta identificación) puede facilitar la adopción, por parte de los

<sup>10</sup> Término que utilizaremos para designar a aquellos hombres que están en edad de trabajar (16 a 64 años) pero se mantienen desempleados o inactivos. Adopto este término inspirada en la lectura de Merla (2006).

<sup>11</sup> Contemplaríamos en este grupo a los parados de larga duración que ni realizan trabajo reproductivo ni tienen empleo.

hombres, de estrategias menos convencionales y facilitar la reflexión respecto a la orientación vital.

Algunas de las estrategias descritas para gestionar esta falta de legitimidad percibida por parte de estos *hombres en casa*, es clasificada por Merla (2006), es diversa y va desde la identificación total hasta la identificación distante o el rechazo aunque puedan asumir, en un momento dado, la totalidad del trabajo doméstico y del cuidado.

#### 4.3. MAYOR PARTICIPACIÓN EN EL TRABAJO REPRODUCTIVO: SÍ, PERO NO SIN TENSIONES

La mirada más atenta sobre la división sexual del trabajo doméstico se inició en estudios procedentes de la literatura norteamericana de los años sesenta. Este objeto de estudio gozó de máximo interés en la década de los noventa del pasado siglo.<sup>12</sup>

Shelton y John (1996) definen el trabajo doméstico como el trabajo no remunerado que contribuye al bienestar de los miembros del grupo familiar y al mantenimiento del hogar. La categoría «trabajo doméstico» en genérico es susceptible de nuevas subdivisiones que nos ayuden a observar mejor las dedicaciones de los miembros de la unidad familiar a estos menesteres. Esta denominación genérica abarca desde las funciones atribuidas a las tareas del hogar, pasando por las responsabilidades propias del mundo de los cuidados proporcionados tanto a hijos e hijas como a otras personas dependientes del grupo familiar y abarcando también los necesarios quehaceres de soporte emocional a las personas (Rodríguez, Peña y Torío, 2010: 96).

Son tres las explicaciones fundamentales que nos ayudarán a identificar las causas que originan la ausencia de un reparto equilibrado de las tareas domésticas. Según la teoría de los recursos, el cónyuge que dispone de más recursos dispondrá de un mayor poder de negociación y por tanto contribuirá en menor medida en la realización del trabajo reproductivo. Por otro lado, las explicaciones basadas

en la ideología de género constatan que hombres y mujeres con una ideología de género tradicional se acomodarán a un reparto más desequilibrado de las tareas domésticas que quienes manifiesten actitudes de género más abiertas e igualitarias. Por último, la teoría de la disponibilidad temporal concluirá en que aquellas personas que invierten más tiempo en el trabajo productivo, dedican menos tiempo a la realización de las tareas domésticas (ibídem: 97).

Atendiendo a dichas explicaciones, cabría preguntarse cómo afecta a los hombres la liberación de tiempo productivo a causa del desempleo forzado. ¿Cómo incidirá esta liberación del tiempo respecto a la división sexual del trabajo en el ámbito doméstico y los cuidados? ¿Cómo influirá la menor posibilidad de aportación económica a los recursos familiares? ¿Cómo afectará el menor nivel de ingresos al presupuesto familiar y a la toma de decisiones de los diferentes miembros adultos de la pareja?

## 5. PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES DE PARADOS DE LARGA DURACIÓN

### 5.1. OTRAS FORMAS DE NI-NISMOS

Como hemos comentado en apartados anteriores, más tiempo y la carencia de trabajo 'productivo' no siempre es sinónimo de mayor aportación de trabajo 'reproductivo'. Brines (1994) señaló que las mujeres empleadas a tiempo completo aumentaban su dedicación a las tareas cuando sus maridos se quedaban en paro (Domínguez, 2015). «Parece, entonces, que los maridos de menores ingresos hacen menos tareas domésticas, ya que son más propensos a depender de sus esposas económicamente y responden evitando las tareas domésticas para recuperar su masculinidad constitutiva» (Brines, 1994: 667).<sup>13</sup>

La identidad de género se forma desde la infancia, a lo largo de un proceso complejo en el que intervienen instituciones diferentes. La mayor

<sup>12</sup> En el Estado Español será M<sup>a</sup> Ángeles Durán una de las pioneras en este campo.

<sup>13</sup> El texto original de Brines dice «It appears, then, that lower-income husbands do less housework because they are more likely to depend on their wives for economic support and respond by avoiding housework to reclaim their constitutive masculinity». La traducción es responsabilidad de la autora de este artículo.



destreza en las tareas domésticas y la asunción de responsabilidad en su desempeño forman parte de los rasgos que nuestra sociedad ha atribuido a los roles femeninos. Las teorías del «doing gender» argumentan que la identidad de género se construye continuamente a través de nuestras interacciones diarias y que las mujeres continúan haciendo más trabajo reproductivo como confirmación o representación de su propia identidad, puesto que estas actividades se asocian con la femineidad (Domínguez, 2015). «Sin embargo, cuanto más depende un marido del soporte económico de su esposa, menos tareas domésticas hace. Parece que participando menos en las tareas, los maridos con dependencia económica también ejercen y reafirman sus mandatos de género» (Brines, 1994: 667).<sup>14</sup> ¿Qué ocurrirá pues cuando estas parejas están desempleadas, trabajan a tiempo parcial o en la informalidad?

Carlos tiene cincuenta años. En el momento se le realizó la entrevista llevaba casi cinco años desempleado, ha conocido el paro varias veces a lo largo de su vida. Está casado y tiene un hijo de nueve años. Su esposa, de la misma edad «también en paro», es beneficiaria de una pensión de incapacidad total<sup>15</sup> para el trabajo y cobra una pequeña prestación. La mujer, aunque se define como parada, trabaja como cuidadora, en condiciones muy precarias, a través de una relación informal «mi mujer se va a cuidar a una mujer y una chica joven impedida, que va toda la mañana, en negro, porque no hay otra cosa, y yo me quedo en casa». El tiempo de este hombre, aquejado de depresión, transcurre entre cursillos y vive constantemente pendiente de alguna oportunidad que lo devuelva al mundo del empleo. Manifiesta coparticipar en el trabajo doméstico «hago la comida, limpio los cacharros del día anterior», aunque llama la atención la desproporción en la carga que asume respecto a su pareja y en donde según manifiesta él «ella asume tareas más propias de su sexo».

Luego por la tarde la mujer se dedica a las labores de casa específica, lava la casa, limpia la casa, pone la lavadora, plancha, hace los remiendos de ropa, lo normal. Y yo me dedico ya más al tema de informática. Curso de programación, estoy ahí haciendo pinitos a ver si..., lo que decíamos, crear mi puesto de trabajo, mi propio puesto de trabajo intentando ver si me abro un poco un hueco en el mundo laboral como programador informático.

Carlos, 50 años

Se percibe la vivencia de situaciones de convivencia difíciles con su pareja, derivadas del paro y de la difícil situación económica por la que atraviesan.

Y luego ya por la noche cenar, ver un poco la tele y acostarme, y de vez en cuando tener alguna discusión con la mujer por temas económicos principalmente.

Carlos, 50 años

## 5.2. PROCESOS DE NEGOCIACIÓN... , TAMBIÉN EL DINERO

Atendiendo a lo dicho anteriormente, la participación masculina en el hogar podría incorporar ciertas modificaciones a partir de la situación de desempleo ya que la división del trabajo doméstico no es fija y estática sino que se debe analizar como un proceso en constante negociación y sujeto a transformaciones a lo largo del ciclo vital familiar. Esta mayor participación de los hombres, redefinida a partir de la teoría de los recursos, de la ideología en género o de la teoría de la disponibilidad temporal y de la alteración en los recursos y disponibilidades relativas de cada cónyuge, puede modificar el poder de negociación y la contribución al trabajo doméstico.

Por tanto, es de esperar que el desempleo masculino propicie la apertura de nuevos espacios de negociación y la redefinición de los marcos existentes con respecto a la división sexual del trabajo. Y esto a pesar de que algunos parados realizan ta-

<sup>14</sup> El texto original de Brines dice «however, the more a husband relies on his wife for economic support, the less housework he does. It appears that by doing less housework, economically dependent husbands also do gender». La traducción es responsabilidad de la autora de este artículo.

<sup>15</sup> La incapacidad permanente total (IPT), que no la incapacidad permanente absoluta (IPA), no incapacita para todo tipo de empleos, tan solo para aquellos que guardan relación con la incapacidad reconocida por el Equipo de Valoración de Incapacidades (EVI). Por lo que no sería incompatible tener una pensión de IPT y considerarse persona desempleada.

reas domésticas de manera iniciática pues parten de una ideología de género tradicional y elevados desequilibrios en el reparto de las tareas domésticas.

Los procesos de negociación la mayoría de veces no se formulan explícitamente, de manera que las resoluciones suelen decantarse hacia actuaciones y prácticas acordes a los mandatos de género tradicionales. Las parejas no suelen negociar explícitamente los términos del reparto. La negociación sobre el reparto suele darse a través de procesos informales, en el que muchas de las decisiones que se verbalizan pocas veces se trasladan a la práctica.

Las parejas configuran el reparto a partir de la acumulación de distintas decisiones y actos que acontecen en su entorno familiar. Hombres y mujeres no asumen de forma pasiva sus respectivas responsabilidades domésticas, sino que lo que se decide hacer o no hacer se negocia y se renegocia a través de la interacción marital, la cual va definiendo las categorías de lo posible y deseable para cada uno de los géneros. Esto significa que la división del trabajo doméstico nunca queda totalmente cerrada, sino que está continuamente recreada a partir de los cambios que acontecen en la vida cotidiana (Rodríguez, Peña y Torío, 2010).

Julio tiene 49 años y, a diferencia de otros desempleados entrevistados de su edad, no madruga, «de normal tengo el despertador a las 10 de la mañana». Apenas mantiene relaciones sociales, tiene una actitud de ensimismamiento y vive «replegado sobre sí». Dubar (2002: 192-197) describe como frente a la agresión que constituye la pérdida del empleo y otras negativas o falta de reconocimiento surgirá una crisis identitaria que engendra lo que se llama con frecuencia «repliegue sobre sí». Este estado de ánimo se alcanza cuando la persona vuelve a enfrentarse a su soledad tras las esperanzas en una «solución milagrosa». El repliegue se produce por la necesidad de la persona a «aferrarse a cualquier cosa» y en muchos casos no queda más que la identidad primitiva, a lo que hay de más «profundo» y «más antiguo» en la historia personal. Como nos recuerda este autor, existen diversos ejemplos en la literatura sociológica de crisis identitarias asociadas a un contexto de crisis económica y social como la ya nombrada investigación de

los parados de Marienthal. El sujeto «en crisis» es también un sujeto social que intentará encontrar una nueva definición de sí mismo y de las demás personas en el mundo.

Da la impresión que vive *bunkerizado*, recluso y avergonzado en su propio hogar, atemorizado de tener que justificar su situación de desempleo frente al exterior. De ahí, su voluntad de salir lo imprescindible a la calle y así, como él dice, «no tienes que dar explicaciones a nadie». Solo es capaz de romper este aislamiento voluntario cuando acude a visitar excompañeros de trabajo y aprovecha para informarse de la marcha de contratación del sector. Dedicaba buena parte de su tiempo de reclusión a leer y a mantenerse en contacto con su antiguo empleo, en el que ha trabajado los últimos quince años «enterándome bien qué hace cada uno de ellos, quién entra en empresas nuevas y tal, por estar al día un poco».

Según Abril (2013), hay dos factores que explican una mayor o menor dedicación a las tareas domésticas por parte de los hombres. El primer factor, estaría relacionado con la situación laboral y el nivel de ingresos. Ambas variables guardan una relación inversa con la dedicación al ámbito doméstico. A mayor dedicación con el trabajo remunerado menor implicación en el trabajo doméstico. Del mismo modo, a niveles de ingresos más altos menor predisposición a compartir las tareas domésticas. El segundo factor tiene que ver con los niveles educativos, y se concreta de manera distinta en mujeres y hombres. En las mujeres a mayor nivel educativo realizarían menor porcentaje de tareas del hogar mientras en los hombres la relación sería directa.

Julio relata que antes de perder su empleo nunca había realizado tareas domésticas en su hogar. Su mujer siempre ha sido activa y una buena parte del tiempo empleada, aunque con una trayectoria discontinua. *Al poco tiempo de entrar Julio en el paro la hicieron fija*. Lourdes antes de nacer su hijo también tenía una contratación indefinida, *al nacer el chiquillo la tiraron*. Desde entonces la relación de su mujer con el empleo era discontinua y temporal. Como nos relata Julio, «a lo mejor 6, 4 meses trabajaba de contrato, pero por contratos. Ha estado la friolera de 11 años entrando y saliendo por

contratos». Ahora *trabaja de peón de limpieza, es barrendera*. Con los cambios acontecidos (el desempleo de Julio), nuestro entrevistado pasa a hacer de *hombre en casa* aunque reconoce que antes hacía bien poco. En su caso, a diferencia de otros desempleados entrevistados, la descripción de las tareas que realiza resulta más precisa que en el caso de otros parados entrevistados de este grupo de edad.

Me levanto, desayuno, me ducho, todos los días tengo una lavadora o dos, *hago las faenas de amo de casa*. Una lavadora o dos todos los días. Entonces, friego la fregada, y hago las camas, barro o tal, arreglo la casa y después hago la comida para a las 2 estar la comida hecha.

Julio, 49 años

La pérdida del empleo genera nuevas tensiones entre mujeres y hombres. Algunos de los hombres entrevistados confiesan no haber realizado nunca antes tareas domésticas, a pesar de convivir con parejas empleadas y haber pertenecido a la categoría de parejas de doble ingreso. Con todo, en el marco de la actual crisis económica, proliferan las unidades familiares sostenidas por una mujer.<sup>16</sup> Tal vez, pueda estar dándose una redefinición del marco existente y quizás una apertura a un nuevo marco negociador. Esta redefinición de roles tiene un potencial de conflictividad. El pacto matrimonial tradicional, en el que el marido podía garantizar seguridad económica a cambio de dependencia, ha cambiado. En el nuevo pacto conyugal, el desigual reparto del trabajo doméstico puede ser un factor de insatisfacción, y por tanto, un potencial generador de conflictos. A Julio este nuevo marco relacional le hace sentirse cuestionado frente a su mujer. La redefinición de la división generizada del trabajo y su situación de desempleo está provocando problemas de relación con su pareja.

*Hay polvo. ¿Está diciendo que no limpio? Es muy jodido, es muy jodido.* Siempre lo he dicho, a mí me

da igual que haya mierda, yo lo que quiero la cena o la comida, que esté a su hora y ya está. No te da tiempo, que has tenido que ir a tal sitio y tal y cual, a mí me da igual, si no se ha barrido, siempre se lo he dicho así. «Yo lo que me interesa es que la comida esté a su tiempo, porque tienes [...], es lo que me interesa. Que haya polvo encima del televisor a mí me da igual. Esa es mi forma de ver mi casa. *Y ella no, y esto hay que limpiarlo, y esto hay que dejarlo así*, y no me daba tiempo y he tenido que hacer y dejar. Y sin embargo ahora, yo soy el que tengo que limpiar y el que tengo que hacer la comida. No sé si me explico. *Cualquier gesto, estás pendiente de cualquier gesto, por si es de reproche.* ¿Entiendes?

Julio, 49 años

La manera en que los hombres consiguen eludir el trabajo doméstico y las mujeres no logran evitarlo es compleja y origina múltiples problemas. El conflicto procede frecuentemente de la exigencia femenina. Por un lado, la exigencia femenina de una mayor participación de la pareja. Por otro, también surge por la coexistencia de formas distintas de realizar las tareas domésticas. La diferencia de esquemas puede provocar conflictos familiares, en donde la mujer desea que las tareas se hagan de una determinada forma, mientras que los hombres no asumen ni comparten los mismos patrones de orden ni la organización establecida (Rodríguez, Peña y Torío, 2010). Un buen ejemplo lo tenemos en la siguiente manifestación, donde la persona entrevistada forma parte de una unidad familiar en la que ambos cónyuges se encuentran en paro y rondan los treinta y pocos años de edad.

**Julietta:** Soy yo, a parte que *él siempre que hace algo yo le riño* porque no lo veo bien. *Es que para que haga algo y luego tener que volver a hacerlo yo.*

**INVESTIGADORA:** ¿Y tú cómo... cómo ves este protagonismo que tú tienes en estas tareas domésticas? ¿Crees que...?

**Julietta:** Me agobio mucho.

Julietta, 33 años

<sup>16</sup> La Encuesta de Presupuestos Familiares revela el importante aumento del número de hogares (y del de personas) que dependen de las rentas de una mujer como fuente principal de ingresos, siendo las mujeres entre 30 y 64 años las que protagonizan este aumento. Esto es algo que ya venía sucediendo antes de la crisis, pero que muy probablemente se ha intensificado con ésta, como era de esperar a partir del efecto de la trabajadora adicional (Aguado y Pitxer, 2013).

Los cambios en el discurso en torno al reparto del trabajo doméstico y de cuidados no se corresponden con las prácticas cotidianas. Múltiples fuentes estadísticas desvelan que pese al aumento de la participación masculina el reparto en las tareas domésticas no es equitativo. Las mujeres ejercen de responsables principales, mientras que los hombres se involucran menos y cuando lo hacen su actividad se considera voluntaria, tendiendo a centrarse en un determinado tipo de ocupaciones y obtienen un mayor reconocimiento social (Garrido, 2003). Los hombres suelen implicarse más en las tareas más gratificantes o que tienen relación con la esfera pública (paseos, baños, juegos), mientras que las madres continúan realizando las tareas más pesadas, continuas, monótonas y fatigosas que se desarrollan en el ámbito doméstico (Tobío et al., 2010).

### 5.3. EL DINERO

Quién aporta el dinero y la cuantía que se aporta es determinante en las relaciones de poder en la unidad familiar, la desigualdad salarial es un elemento legitimador de la hegemonía masculina y perpetua las desiguales relaciones de poder en la unidad familiar que se retroalimenta de un desigual reparto en los cuidados. La pérdida del salario masculino, fuente de todos los reconocimientos sociales, incide en la pérdida de elementos de legitimación e identidad.

Aunque el período del ciclo vital no se puede obviar y tampoco el momento histórico, «el dinero en las mujeres está vinculado a la posibilidad de ser autónomas e independientes, mientras que para los hombres ese significado es poco importante y está más relacionado con su rol de proveedores de la familia» (Díaz et al., 2004: 116). La ideología gestada entiende al hombre como varón sustentador principal del hogar, constituyendo ésta un elemento clave de estructuración y legitimación de su dominio. Aunque las parejas entrevistadas, de doble ingreso con uno de sus miembros en paro, consideran el dinero que entra en la familia como dinero común, la pérdida del empleo y el hecho de que la mujer ejerza en la actualidad el rol de sus-

tentadora principal de la familia puede inducir a un auto represión y autocontrol del gasto masculino.

Han salido mis hijos los fines de semana y tranquilamente mi mujer les ha dado el dinero o no estaba mi mujer y me voy a tal, «¿llevas dinero?» «No» «Pues toma, equis», *le he dado yo el dinero porque siempre he tenido dinero mío. Ahora el dinero lo gana mi mujer*, yo tengo también, cada equis mi mujer me da dinero, igual que me lo daba antes porque el dinero es de los dos, así lo hemos concebido nosotros, y para mis hijos, les doy yo dinero, yo me quedo, pero no le pido más porque se lo he dado a mis hijos. Antes, oye, dame tanto que, no es mío, es de los dos pero, ni me lo planteaba. Hoy sí, hoy sí. Hoy vas a comprar esto extraordinario y yo ni siquiera me lo planteo. *Antes, cogía el dinero y lo compraba*, no es para mí, era para lo que sea. Hoy me lo planteo, hoy me planteo muy mucho decir, *voy a comprar algo extraordinario porque no es mío el dinero. Mi mujer no lo verá así, pero estás pendiente de que... ¿Me explico?*

Julio, 49 años

Aunque para las mujeres el dinero es un elemento que les permite alcanzar su independencia personal, paradójicamente no siempre este dinero es usado de forma autónoma. Es frecuente que las mujeres restrinjan sus gastos personales y prioricen las necesidades familiares sobre las propias, sobre todo cuando hay menores que atender (ibídem).

... he dejado de ir al gimnasio, que era un gasto extra tal. La niña ha dejado de ir a la piscina, que también era un extra. Un cambio de vida para todo. En la alimentación también es un cambio de extra. Se ha de mirar más las marcas que se compran. Las marcas y las calidades, todo. Que todo sea más nutritivo. Si antes comprabas un solomillo, claro, ahora compras pollo. Si lo miras todo. Es verdad también *para ella* (la niña) *siempre intento que no modifique nada. Yo puedo aguantar con cualquier cosa*. Pero bueno...  
Eva, 31 años

Los problemas surgidos en anteriores divorcios, o incluso la tradición local, pueden marcar las decisiones de las parejas al respecto del mantenimiento de la propiedad de los bienes en común o por separado, como ocurre con la siguiente pareja de do-

ble ingreso. La gestión presupuestaria familiar se complejiza cuando aparecen las cargas familiares y la pérdida de empleo de uno de los miembros. El ideal de pareja simétrica e independiente económicamente, en el que se mantiene un modelo de individualización de los recursos, choca con las circunstancias de necesidad y solidaridad familiar. Las jóvenes, a menudo *hijas de la igualdad y herederas de la injusticia*,<sup>17</sup> bajo el espejismo de equidad que trae consigo la nueva modernidad y sus valores individualizadores, se enfrentan a innovaciones en la gestión del presupuesto familiar que todavía no aparecen resueltas. Lorena es madre de una hija de tres años, ha compatibilizado su tiempo de empleo y desempleo con las tareas reproductivas y de cuidados del hogar. Su exmarido se resiste a que vuelva a tener actividad laboral aunque no parece estar dispuesto a considerar los ingresos que percibe como propios de la unidad familiar.

yo lo hablo con él y le digo: «a ver...», le digo: «pero es que necesito trabajar, *yo no puedo vivir del aire tampoco*». Y me dice: «*bombre, pero que a ti no te falta nada, tú estás en casa, y ahí hay comida*». Digo: «sí hombre, sí, pero *si me tengo que comprar algo me lo compro yo, no me lo estás comprando tú*». Y llega un punto que yo decía: «a ver, es que me da la sensación que es que me tiene aquí y qué bien está, me tiene aquí, yo no hago mi vida y todo el tiempo que yo esté perdiendo sin tener una actividad, un cambio de aire y un todo es malo para mí». Que a mí, *yo he estado superagradecida de estar con mi hija*, a mí eso no me molestaba para nada. Y con eso es lo que pensaba para no estar peor.  
 Eva, 31 años

El dinero en la mujer como símbolo de independencia y emancipación ha marcado una de las reivindicaciones del movimiento feminista. Algunas de nuestras entrevistadas también valoran el poder ser independientes económicamente respecto de sus parejas, a la vez que tener un salario legítima sobre el uso del dinero. En las mujeres educadas y

socializadas en el empleo se concibe con dureza y se alza una resistencia al hecho de pasar a depender económicamente de la pareja y no poder ganar el sustento por medios propios.

**INVESTIGADORA:** ¿Y cuál consideras que es la diferencia más importante entre estar trabajando y estar en paro?

**Alfonso:** Bueno, *yo tengo ahí momentos un poco de bajón*, o sea, mis amigos intentan animarme y decir que... y es verdad que de todo momento de crisis, de situación de crisis hay que sacar un aprendizaje, ¿no? Y entonces yo es lo que estoy intentando sacar en este momento. La diferencia también es que *yo me sienta más o menos útil, más o menos útil y aportando e independiente, o sea, yo siempre he sido independiente con respecto a mis parejas. Ahora sigo siéndolo porque cobro la prestación, pero eso no es indefinido*, o sea, eso se acaba y yo no puedo estar, *yo creo que no voy a aguantar esa situación de dependencia*. Entonces para mí lo fundamental es dependencia-independencia.

Alfonso, 44 años

#### 5.4. HOMBRES QUE CUIDAN O NUEVAS FORMAS DE MASCULINIDAD

El proceso de acceso creciente de las mujeres al empleo, así como el retorno al mismo tras el hecho de la maternidad, ha ido acompañado de la escasa contribución de los hombres al ámbito doméstico. No obstante, hay indicios de nuevas actitudes masculinas y cambios familiares, especialmente en lo que se refiere al cuidado de los hijos (Tobío, 2010). En las sociedades occidentales encontramos cada vez con más frecuencia un nuevo concepto de paternidad que asume padres más comprometidos con el mundo de los cuidados. Esto sucede sincrónicamente al retroceso del modelo tradicional del varón sustentador o padre pasivo o distante emocionalmente (Esping-Andersen et al, 2013).

El concepto de *nuevo padre* o de *paternidad activa*<sup>18</sup> está vinculado a la disminución o regresión

<sup>17</sup> Parafraseando el título del libro de Elena Simón (2008).

<sup>18</sup> Las investigaciones que centran su objeto en las masculinidades desarrollan el concepto de *paternidad activa* para referirse a la construcción social y psicológica de la identidad del hombre en las sociedades occidentales desde los años setenta. La *nueva paternidad participativa* se define por antagonismo con la *tradicional paternidad ausente* (Esping-Andersen et al, 2013).

que se percibe respecto a la figura del varón sustentador, dando paso a mayores niveles de convergencia de la vida laboral y familiar de los diferentes miembros de la familia. Estos cambios de actitud no son ajenos al crecimiento de la diversidad de las familias y a los mayores niveles de divorcio que se dan en nuestra sociedad (ibídem, 2013).

Por tanto, la paternidad es una construcción sociocultural en rápido proceso de transformación, aunque sometida a una dinámica en la que coexisten el avance y la resistencia al cambio y en donde las viejas estructuras van perdiendo legitimidad (Tobio, 2010). La crisis de empleo favorece la crisis de las identidades sexuadas, generando una crisis de los papeles masculinos y femeninos y de las transformaciones identitarias (Dubar, 2002: 72).

El marido de Alma llevaba en paro cuatro años cuando se le entrevistó, era autónomo y la crisis lo dejó sin negocio en su actividad. En todo este período de búsqueda, logro encontrar un cuasi-empleo<sup>19</sup> en el cual la empresa no llegó a darlo de alta y en donde los incumplimientos en el pago del salario constituían una norma. Aguantó más de medio año, ya que *lo importante era seguir, sobre todo cuando llevas tanto tiempo parado*, nos expresa su mujer en la entrevista.

Encontró un trabajo pero ni le dieron de alta y a los seis meses le dije: «Déjate, hijo mío, porque es que no te pagan». Y él, claro, con tal de no estar en casa sin trabajo, seguía y seguía: «Ya me han pagado un poquito, y ahora me han pagado. . .» Y nada menos estaba haciendo —porque él es contable— y estaba haciendo una auditoría a la empresa ( . . . ) pero la empresa ha ido muy mal, era una empresa familiar, lo cogieron: «Te contrataremos», esto y lo otro. «Ahora vamos mal. . .», pero al final es que ni le pagaban y yo le dije: «Déjate porque estás gastando gasolina». Pero, claro, él con la obsesión y trabajar y ser útil y hacer algo, él iba: «Si es que por lo menos voy y sí me pagan». Digo: «Bueno, pues lo que quieras». Yo como entonces estaba trabajando tampoco le decía: «Déjate. . .» No, yo le animaba: «Tú sigue, no te

*preocupes», porque yo sé que eso es bueno, sobre todo cuando llevas tanto tiempo parado.*

Alma, 42 años

Ahora está ya. . . Ahora está con la sensación de que ya aquí nunca va a encontrar trabajo. O se monta él algo por su cuenta o ninguna empresa le va a contratar ( . . . ) además él siempre ha estado haciendo cursos para reciclarse un poco y, como es un tema que le gusta —a mí no me gusta nada pero a él sí—, pues él, claro, con esa edad y conforme está el panorama, pues él sabe que no va a encontrar trabajo. Vamos, es que lo tiene asumido. Yo le digo que tenga esperanza: «Pues empieza en las empresas temporales», esto, lo otro, pero él como que lo tiene asumido y es que ya ni se mueve. Ha buscado tanto y que al final se ha desanimado y ha dicho: «Hasta aquí he llegado». Entonces se ha dedicado a limpiar la casa, a cuidar a la niña y a cuidar a los animales. Dice: «Por lo menos estoy en casa y así la niña estudia, hace los deberes, va bien en el colegio, me ocupo». Digo: «Pues sí, tiene razón».

Alma, 42 años

En algunos hombres, la falta de oportunidades en el mercado laboral determinará una mutación en las prácticas respecto a la división sexual del trabajo en el ámbito privado-doméstico. Así lo expresa Alma:

**INVESTIGADORA:** ¿Participaba ya en esas tareas domésticas previamente a estar en paro?

**Alma:** Qué va, para nada. Para nada. No, no. *A raíz de estar en el paro poco a poco se ha ido integrado en las labores domésticas y ha asumido su rol de amo de casa y lo tiene súper asumido.* Sin problema alguno. *Lo único que no hace es cocinar;* a veces la cena pero cocina poco porque no le gusta nada. Pero limpia y sobre todo está muy pendiente de su hija. Es una persona muy protectora y . . . , exageradamente protectora, y entonces siempre está pendiente de ella, la lleva, la trae, esto lo otro. *Se ha hecho a la idea de que, como no va a encontrar trabajo, es útil así.*

Alma, 42 años

<sup>19</sup> Elsa Santamaría (2010) apela al término de «cuasi-empleo», para respaldar la idea de un empleo al que le falta alguno de los elementos que hacen de una actividad un empleo. El empleo precario vendría definido por las carencias y los rasgos ausentes de aquellas condiciones laborales modernas en torno a las cuales se instituyó el empleo.

Los días de Hugo trascurren con una rutina muy estructurada. Busca y examina a diario las ofertas de empleo. Su vinculación y compromiso a una asociación cívica, *la causa sin causa* como él la denomina, le hace sentirse útil llenando sus días sin permitir que se acomode el pesimismo y el desánimo. *Le ayuda a no estar pensando*. La parte creativa que no puede desarrollar en su profesión la fragua en un proyecto colectivo, que pretende dar cabida a alternativas sociales, cívicas y culturales desatendidas desde las instituciones oficiales.

... me gusta, me motiva, y también me ayuda ¿por qué no decirlo? También *me ayuda a no estar siempre pensando* en... Yo le llamo *la causa sin causa*, o sea esto para mí es una cosa, ayudé a parirlo y para mí es como un niño que dices, bueno hay que darle de comer.

Hugo, 44 años

Estar desempleado, que no parado, le permite cuidar y ocuparse de los temas médicos de su madre enferma. La madre vive en su propio domicilio, con dos hijos más también en paro. La visita diariamente y prepara con ella la comida familiar. Esta práctica de ética del cuidado aparece con frecuencia en las entrevistas a mujeres del grupo de edad avanzada, más raramente ha aparecido ni en el discurso ni en las prácticas de los hombres de cualquiera de las generaciones entrevistadas, siendo por tanto estos casos excepcionales.

Me voy a comprar el pan, paso por casa de mi madre, vivo al lado de casa de mi madre, mi madre está enferma y entonces voy a ver cómo se encuentra, a saludarla, etcétera, etcétera, a darle ánimos y luego hago la comida en casa de mi madre para mis hermanos, para mí y estoy en casa de mi madre comiendo todos los días, etcétera, etcétera.

Hugo, 44 años

## 6. CONCLUSIONES

La crisis económica puede ser el detonante de cambios más profundos que va desarrollando la sociedad. A través del proceso de socialización las personas se adaptan a un medio cultural y social

cambiante que afectará a la construcción de la propia identidad y subjetividad.

La crisis del mercado de trabajo, así como la modificación del marco y la norma de empleo, puede estar forzando cambios de comportamientos y actitudes frente al trabajo productivo y reproductivo, y también la construcción de nuevas subjetividades afectando a los procesos de construcción de identidad sexuada. La redefinición de los masculinos y femeninos puede alentar una situación de crisis de identidades sexuada que impacte especialmente sobre los hombres, ya que la revolución silenciosa de las mujeres ya tiene una cierta andadura.

Si el organismo es el resultado de su relación con el medio, es naturaleza y sociedad. En el caso de los hombres no puede quedar en balde la experiencia de desempleo de larga duración vivida y la falta de expectativa laboral futura. Si el hombre o la mujer no son un punto de partida sino un resultado, el arquetipo masculino desarrollado durante el siglo XIX se verá afectado por la sociedad posfordista que ya dejó atrás la norma estándar de ocupación que regía nuestras sociedades industriales y que tras la segunda guerra mundial a través del sistema producción/reproducción caracterizó el sistema capitalista.

La crisis del empleo, junto con los cambios del modelo tradicional de familia del sur de Europa, puede estar propiciando modificaciones de estructura y cambio social. Con menor frecuencia tanto hombres como mujeres puedan centrar la relación que mantienen con el empleo en función de los roles de género establecidos. Diversos son los factores que están contribuyendo a desdibujar el sistema de relaciones de género aún hegemónico y que está configurando un cambio de papeles no exento de conflictos, de rupturas y de incubación de nuevos imaginarios sociales. De las decisiones de los distintos agentes sociales dependerá el sentido de los cambios. Cambios forzados que produzcan mayor vulnerabilidad y miedo de las y los trabajadores o, transformaciones en las condiciones de empleo y también en el lugar ocupado por el mismo en la vida de las personas que permita una vida más variada y plena, más igualitaria entre hombres y mujeres.

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- ABRIL, P. (2013): «Els homes i la igualtat de gènere: canvis en el treball, la família i la cura», en Freixat, M., *Homes i gènere. Polítiques públiques locals i la transformació de les masculinitats*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- AGUADO, E. (2012): «Dones en el mercat de treball», *Arxius de Ciències Socials*, nº 27, pp. 101-116.
- AGUADO, E. y PITXER, J.V. (2013): «Incidencia de la crisis y el desempleo sobre las mujeres», Valencia, I Congreso Estatal de Centros Universitarios de Relaciones Laborales y Ciencias del Trabajo.
- AGUADO (2014): «Crisi, treballs i gènere» en LÓPEZ, R. (coord.), *Educación y entorno territorial de la Universitat de València*, Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València.
- AJENJO, M., GARCÍA-ROMÁN, J. (2011) «El tiempo productivo, reproductivo y de ocio en las parejas de doble ingreso». *Papers. Revista de Sociologia*, 96 (3): 985-1006.
- BRINES, J. (1994): «Economic Dependency, Gender, and the Division of Labor at Home». *American Journal of Sociology*, 100 (3): 652-688.
- BECK-GERNSHEIM, E. (2003): *La reinención de la familia: en busca de nuevas formas de convivencia*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- CONNELL, R. W. (2003): *Masculinidades*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- DÍAZ, C., DÍAZ, C., DEMA, S., IBAÑEZ, M. (2004): *Dinero, amor e individualización: las relaciones económicas en las parejas/familias contemporáneas*, Oviedo, KRK Ediciones.
- DOMINGUEZ, M. (2015): «Parentalidad y división del trabajo doméstico en España, 2002-2010». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 149: 45-64.
- DUBAR, C. (2002): *La crisis de las identidades: la interpretación de una mutación*, Barcelona, Bellaterra.
- ESPING-ANDERSEN et al. (2013): *El dèficit de natalitat a Europa. La singularitat del cas espanyol*, Col·lecció Estudis Socials, Fundació la Caixa, Nº 36.
- GARRIDO, A. (2003): «La distribución del trabajo generado por el cuidado de otras personas», SARE 2003 «Cuidar cuesta: costes y beneficiós del cuidado». En línea: <http://www.sare-emakunde.com/media/anual/archivosAsociados/03GARRIDO,A.-pon\_Cast\_1.pdf> (consultado el 03/02/2014).
- HARTMANN, H. (1980): «Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo», en Zona Abierta, nº 24, pp.85-113.
- IZQUIERDO, M<sup>a</sup> J. (2013): «La socialización de género» en Díaz, C. y Moreno, S. (ed.), *Sociología y Género*, Madrid, Tecnos.
- JAHODA, M. (1987): *Empleo y desempleo: Un análisis socio-psicológico*, Madrid, Morata.
- LANE, C. (2011): *A company of one: insecurity, independence, and the new world of white-collar unemployment*, Ithaca, NY: Cornell University Press/ ILR Press.
- LAZARSELD, P., JAHODA, M. y ZEISEL, H. (1996): *Los parados de Marienthal*, Madrid, La Piqueta.
- MEDA, D. (1998): *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- MERLA, L. (2006): «‘No trabajo y me siento bien’: cambios en la división sexual del trabajo y dinámicas identitarias de padres en casa en Bélgica», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, vol. 24, nº 2, pp. 111-127.
- NASH, M. (2010): *Treballadores: un segle de treball femení a Catalunya (1900-2000)*, Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- POVEDA, M. (2006): «Los lunes al sol o los lunes en casa. Roles de género y vivencias del tiempo de desempleo», *Cuaderno de Relaciones Laborales*, vol. 24, nº 2, pp. 85-110.
- RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup> C., PEÑA, J.V., TORÍO, S. (2010): «Corresponsabilidad familiar: negociación e intercambio en la división del trabajo domestico», *Papers*, nº 95/1, pp. 95-117.
- SANCHIS, E. (2008): *Trabajo y paro en la sociedad postindustrial*, Madrid, Consejo Económico y Social (CES).
- SANTAMARÍA, E. (2010): «Buscarse la vida. Trayectorias y experiencias de precariedad en el acceso al empleo de las personas jóvenes», *Revista de Estudios de Juventud*, Nº. 89, pp. 101-123.



- SANTOS, A. (2004): *Trayectorias sociales del paro de larga duración*, Tesis doctoral (dir. Carlos Prieto). Madrid: Departamento de Sociología I (Cambio Social), Universidad Complutense de Madrid.
- SHELTON, B. A. y JOHN, D. (1996): *The division of household labor*, *Annual Review of Sociology*, 22, 299-322.
- SIMÓN, E. (1999): *Democracia vital: Mujeres y Hombres hacia la plena ciudadanía*, Madrid, Narcea de Ediciones.
- SIMÓN, E. (2008): *Hijas de la igualdad, herederas de injusticias*, Madrid, Narcea de Ediciones.
- TOBÍO, C. AGULLÓ, M<sup>a</sup> S., GÓMEZ, M<sup>a</sup> V., MARTÍN, M<sup>a</sup> T. (2010): *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*, Colección Estudios Sociales, Fundación la Caixa, N° 28.
- TORNS, T. y RECIO, C. (2013): «Género, trabajo y vida económica», en DÍAZ, C. y MORENO, S. (ed.), *Sociología y Género*, Madrid, Tecnos.
- WITHERS, M. y THORNE, B. (2013): «Las familias y la sociedad. En la construcción social del género», en DÍAZ, C. y MORENO, S. (ed.), *Sociología y Género*, Madrid, Tecnos.

